

**“En América nadie estaba prevenido de mi partida de Europa”:  
México traspapelado en los *Recuerdos del tiempo viejo*  
de José Zorrilla**

*“In America no one was forewarned of my departure from Europe”:  
misplacing Mexico in Memories of the Old Time, by José Zorrilla*

Fernando DURÁN LÓPEZ  
Universidad de Cádiz

**RESUMEN**

José Zorrilla comienza la extensa sección de sus *Recuerdos del tiempo viejo* dedicada a su periplo americano entre 1855 y 1866 bajo la implícita creencia de que era un autor famoso que honraba aquellas tierras transatlánticas con su presencia. Este artículo explora algunas de las estrategias y mecanismos autobiográficos de estas elusivas y desordenadas memorias, en lo que tiene que ver con la imagen de México y cómo, triangulando con la herencia española del país y con la admiración hacia Francia, articula una imagen de sí mismo, en ardua lucha entre la pena y la gloria, basada en un cierto complejo de inferioridad como escritor y como español.

**PALABRAS CLAVE**

José Zorrilla; México; autobiografía; *Recuerdos del tiempo viejo*.

**ABSTRACT**

José Zorrilla begins the extensive section of his *Memories of the Old Time* by recounting his stay in the Americas between 1855 and 1866 where it was assumed that he was a famous author who was honouring the Americas with his presence. This article explores some of the strategies and autobiographical devices of these elusive and disorderly memories. In particular, we focus on the ways in which Zorrilla articulated an image of himself as well as an image of Mexico that was mediated by his Spanish heritage and his admiration for France, producing a pronounced tension between sorrow and glory that stemmed from a certain inferiority complex he felt both as a writer and as a Spaniard.

**KEYWORDS**

José Zorrilla; Mexico; autobiography; *Memories of the Old Time*.



Artículo recibido el 20-2-2023 y admitido a publicación el 11-3-2023.

Acosaba voraz a Europa entera  
una hidrópica sed de gloria y oro;  
una tras otra nave aventurera  
paso buscaba por el mar del moro  
a un escondido edén, do una quimera  
brindaba al más audaz con un tesoro:  
y atizaban cien tomos de patrañas  
tal vértigo febril de oro y hazañas<sup>1</sup>.

“En América nadie estaba prevenido de mi partida de Europa”, así comienza José Zorrilla la sección de sus *Recuerdos del tiempo viejo* dedicada a su estadía americana entre 1855 y 1866. El arranque no puede ser más colonial, en la implícita seguridad, que aflora a pesar de sus protestas de humildad, de que él era una leyenda viva que honraba aquellas tierras transatlánticas con su presencia. Esa forma de razonar responde a una lógica de superioridad de los españoles respecto a los mexicanos que podemos ver no solo en el vate vallisoletano, pues es común en la conciencia peninsular: así, Luis de Eguilaz, hablando de Juan Ruiz de Alarcón, se digna afirmar que “en cambio del rico presente que la Nueva España envió a la España vieja hace dos siglos y medio, hoy la madre, ansiosa de satisfacer su deuda, envía a la hija otro presente no menos rico: Zorrilla”<sup>2</sup>. Este es el mirador desde el que atalayar algunas estrategias y mecanismos autobiográficos de estas memorias en cuanto tienen que ver con la imagen de México, y cómo, en su triangulación con los otros dos polos de su geografía vital (España y Francia), Zorrilla modela también una imagen de sí mismo, en ardua lucha entre la pena y la gloria, o más exactamente, entre lo penoso de la realidad y sus aspiraciones gloriosas, no solo como escritor, sino también como español. Según el diccionario, *traspapelar* es “perder o colocar en sitio equivocado algo” (*DLE*) y no en vano la parte más deslavazada de esta autobiografía, el tomo III, se llama *Hojas traspapeladas de los Recuerdos del tiempo viejo*; en realidad, es él quien anda traspapelado, esquivo y fuera de lugar, pero nunca más que cuando habla de México. En estas memorias Zorrilla no se busca, sino que se esconde, y lo que aquí cumple, pues, es sacarlo del escondite.

Al margen de la calidad intrínseca de su escritura y del importante eco que han tenido como testimonio de uno de los escritores más ilustres del siglo XIX, los *Recuerdos del tiempo viejo* constituyen un consumado ejemplo de autobiografía oportunista, lastrada por esa condición<sup>3</sup>. Escribir por necesidad o al calor de un interés mediático no condiciona

1. José ZORRILLA, *El drama del alma. Algo sobre Méjico y Maximiliano, poesía en dos partes, con notas en prosa y comentarios de un loco*, Burgos, Imprenta de D. T. Arnáiz, 1867, p. 8. Esta edición original fue precedida, con idéntico título, ciudad, imprenta y año, por un prospecto de 32 páginas que incluía el poema “Miramar”, otro dedicado a Pedro Antonio de Alarcón y un “Comentario del loco” en prosa. Estas piezas no fueron incluidas en la edición citada de Burgos, pero sí en una posterior edición madrileña, sin especificar imprenta, de 1888, que sumó los materiales de ambos impresos burgaleses. Hay una edición reciente a cargo de Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, publicada en 2020 en la *Biblioteca Decimonónica* (nº 1), por la Asociación de Hispanistas Siglo XIX, aunque manejo solo los textos originales.

2. Luis de EGUILAZ, “Alarcón”, *El Correo de Ultramar*, XII, n. 307 (1858), cito por su reproducción en Monserrat AMORES, Rebeca MARTÍN y Laura PACHE (eds.), *De ida y vuelta. Imágenes transnacionales: México-Francia-España, 1843-1863*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2022, p. 258.

3. Fernando DURÁN LÓPEZ, “Los *Recuerdos del tiempo viejo* de Zorrilla: autobiografía del hombre, memorias del poeta”, en Javier BLASCO PASCUAL, Ricardo DE LA FUENTE BALLESTEROS y Alfredo MATEOS PARAMIO (dirs.), *Actas del Congreso sobre José Zorrilla. Una nueva lectura*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén y Universidad de Valladolid, 1995, pp. 291-298.

necesariamente el resultado, pero la desgana de Zorrilla por construir obras largas en prosa, así como su insalvable dificultad de equilibrar qué cosas quiere contar y cuáles ocultar, le pasan factura. Su regreso a España en 1866 se hizo irreversible después del fusilamiento del emperador Maximiliano en 1867. Desde entonces, y en particular tras sus segundas nupcias en 1869 con Juana Pacheco, vivió siempre entre apreturas, por sus apuros para ganar dinero escribiendo, por el magro reconocimiento de la propiedad intelectual en las leyes y por una confesa mala administración de sus recursos. En ese tramo vital, sus ingresos, ya de origen público ya privado, vienen de explotar su fama literaria: y digo bien, su *fama*, no tanto su obra. Desde su retorno recibió innumerables agasajos: en 1871 el ministro de Estado le otorgó a instancias de Juan Valera una pensión sobre las Obras Pías de Roma, que fue menguando y en 1879 le suprimieron; entre 1882 y 1889 lo designó cronista de Valladolid el Ayuntamiento de la ciudad, con su correspondiente estipendio, verdadera razón de ser del nombramiento; a finales de 1886 las Cortes le asignarían otra pensión, tras largas y tortuosas gestiones, y el año anterior fue admitido por segunda vez en la Academia Española (en 1848 había dejado consumirse el plazo para su discurso de ingreso); en 1889 fue coronado poeta nacional en Granada..., un honor que lo agotó físicamente, no le reportó beneficios y lo hizo desahogarse con su sobrino exclamando: “estoy yo de gloria y de hacer de rey de copas hasta la mollera”<sup>4</sup>.

La lista de esos reconocimientos, que nunca colmaban sus necesidades y expectativas monetarias, sería muy prolija de hacer, lo que interesa resaltar es que cuantos escritos, medallas, lecturas públicas en teatros y auditorios de todo tipo, contratos editoriales y honores jalonan su vida desde mediados de los años 50 hasta su fallecimiento en 1893 son fruto directo o indirecto de sus mitificados éxitos de finales de los 30 a finales de los 40... Sus libros, actos y declaraciones posteriores a su regreso a España inciden obsesivamente en el contraste entre el pasado triunfante que evoca una y otra vez y un presente donde no halla su sitio<sup>5</sup>. Esta ruptura es tanto más aleccionadora cuanto que provoca que, en los *Recuerdos* y en otras de sus frecuentes autorrepresentaciones literarias tardías, se rompa el esquema usual del género autobiográfico: en palabras de Randolph Pope, este casi siempre relata cómo el autor ha llegado a ser quien es, sobre la base de que “la personalidad alcanzada es más valiosa y auténtica que la descartada, que se deja atrás como una seca crisálida en el camino a la mariposa final que se ostenta”; pero cuando una crisis interrumpe el desarrollo natural del personaje, “se produce una inversión perversa del modelo clásico: la persona que se ha llegado a ser no es necesariamente mejor ni más auténtica que la anterior”<sup>6</sup>. En Zorrilla serían el *exilio* mexicano y el cambio estético sobrevenido durante su ausencia y los eventos traumáticos que engrandecen



4. Carta a su pariente Esteban López Escobar, Granada, 21-VII-[1889], en Francisco RODRÍGUEZ MARÍN, *Zorrilla, comentador póstumo de sus biógrafos. Cartas íntimas e inéditas del gran poeta español (1883-1889)*, Madrid, C. Bermejo, 1934, p. 200. Su penuria y las constantes súplicas a políticos, periódicos o editores con vistas a obtener pensiones o trabajos remunerados se ilustran en las cartas recogidas por José F. MENÉNDEZ, “Apuntes para la biografía del poeta Zorrilla”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año V, n. 2 (1923), pp. 117-141. También se vio angustiado con frecuencia por las deudas, como muestran las misivas de 1885 a 1887 publicadas por Luis MARSILLACH: “Zorrilla íntimo”, *Los Lunes de El Imparcial*, 15-V-1921, pp. [1-2]. Idénticas zozobras copan la citada correspondencia familiar con López Escobar, donde se queja de continuo de los gastos de su esposa, aunque él no le andaba a la zaga.

5. Marta PALENQUE, “Zorrilla y su concepto del ‘Tiempo Nuevo’ (Lectura de la poesía de sus últimos años)”, *Philologia hispalensis*, 4-1 (1989), pp. 327-342, <https://doi.org/10.12795/PH.1989.v04.i01.25>.

6. Randolph D. POPE, “La autobiografía del exilio: el ser previamente preocupado de Rafael Alberti y María Teresa León”, en J. M. NAHARRO-CALDERÓN (ed.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: “¿Adónde fue la canción?”*, Madrid, Anthropos, 1991, pp. 369-370.

aquella identidad pasando por encima de un menguado presente. Los esfuerzos por adaptarse a los nuevos aires de las letras, practicando por ejemplo una poesía narrativa más prosaica que diese cuenta de la realidad de su tiempo, fueron a menudo mal recibidos<sup>7</sup> y, en general, los prosistas de la nueva generación, a excepción de su entusiasta Clarín<sup>8</sup>, no lo apreciaron demasiado, de ahí que se sintiese en terreno hostil.

Así las cosas, las memorias en prosa que aquí interesan fueron su tentativa más exitosa, pero también harto ingrata para él, de abrirse hueco con un perfil más contemporáneo, aunque fuese hablando de sus tiempos idos<sup>9</sup>. Los *Recuerdos del tiempo viejo* que empezó a publicar en *Los Lunes de El Imparcial* en octubre de 1879 pertenecen, en efecto, a ese orden de (auto)celebraciones remuneradas con que, metamorfoseado ya en estatua, monetiza el aura de gloria pretérita, laurel patrio y memoria viva del Romanticismo español. Fue contratado en ese importante periódico, tras súplicas públicas y privadas de literatos como Federico Balart y José Velarde, a modo de socorro providencial una vez se esfumó su pensión romana. Para obtener su sueldo, pues, estaba obligado a colocar artículos lo más regularmente que pudiese, y para ellos no parece haber consensuado con su patrón otra materia de interés que sus propios recuerdos en prosa, ajustándose así a los usos lectores del día<sup>10</sup>. Ese mismo 1879 José Ortega Munilla se había hecho con la dirección de *Los Lunes de El Imparcial*, por encargo del propietario, su suegro Eduardo Gasset Artime. Ortega le imprimió un marcado giro hacia las corrientes literarias modernas –realistas, naturalistas y regeneracionistas–, frente a las que los versos de Zorrilla lucían anacrónicos. De ahí la forzada necesidad de escribir en prosa sobre materias autobiográficas.

---

7. “No se pasa del romanticismo al realismo, como V. ha pretendido, sin lograrlo por fortuna, en *Su última brega*, [...] por el solo esfuerzo de la voluntad, dejando la manera de sentir y de exponer a que debe su imperecedera fama, y pretendiendo romper desagradecido los moldes que fundieron su colosal estatua”; “Zorrilla es poeta natural, pero no es poeta naturalista” (Melchor de PALAU, “Velada literaria en el Ateneo de Madrid por el poeta José Zorrilla”, *Revista contemporánea*, año XIV, t. LXXII, oct.-dic. 1888, pp. 382-383). PALAU sugiere que Zorrilla perdió su naturalidad poética en México, influido por el mal gusto de los escritores americanos, pero sobre todo sitúa con perspicacia su nuevo modo literario en “una perenne exhibición personal” (p. 384).

8. Narciso ALONSO CORTÉS, “Zorrilla y Clarín”, *Amigos de Zorrilla (Valladolid). Colección de artículos dedicados al poeta*, Valladolid, Imprenta Castellana, 1933, pp. 47-49.

9. Elegir estas materias también posee un componente de defensa ante los ataques y burlas que había recibido como un “muerto que sobrevive a su gloria”; así lo denominaba en la pieza “Nuestro grabado [Don José Zorrilla]”, el diario republicano *El globo* (1-XI-1880), un artículo editorial sin firma muy ácido contra el escritor, que recibió réplicas a su favor en otros medios. Según María Ángeles NAVAL, “Zorrilla convertirá la respuesta a estos denuestos en un componente básico de su libro” (“Prólogo” a José Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, pp. 15-16). De hecho, incluyó como apéndice a la edición en libro una contestación a *El Globo*.

10. Desde que vuelve a España, es constante su lamento ante la “prosificación” de la literatura, símbolo amargo de la marea materialista que habría según él agostado la poesía y el idealismo. En *El drama del alma* se dolía de “esta sociedad positivista y calculadora, para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir a un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico bajo las largas líneas negras que les disfrazan” (“Comentario de un loco”, prospecto citado de 1867, p. 26; ed. de 1888, p. 14). El culto a la poesía y la ética del poeta romántico, ambos malogrados en un tiempo de cruda materialidad, es también línea recurrente de su autobiografía, según argumenta María Ángeles NAVAL LÓPEZ, “El poeta en los *Recuerdos*”, de Zorrilla. *Ego ille qui quondam*, en Blasco, de la Fuente y Mateos *Actas del Congreso...*, pp. 427-436.

El encargo periodístico trata de situarse en un nicho comercial y literario muy específico, el que habían abierto en la prensa de las décadas de 1870 y 1880 otras retrospectivas exitosas de la primera mitad del siglo por ancianos escritores consagrados, como las *Reminiscencias literarias* de Patricio de la Escosura y, muy en particular, las *Memorias de un setentón* de Ramón de Mesonero Romanos<sup>11</sup>. Zorrilla es sin duda el primer escritor que aceptó a Mesonero como un clásico imitable, un modelo eficaz para evocar el interés colectivo y construir una memoria nacional en la que se pudiese escamotear al máximo la subjetividad. Se acoge a este ejemplo (solo en parte, pues su narración es mucho más subjetiva) incluso antes de que las *Memorias de un setentón* se coleccionaran en libro. Esta deuda la declara en el cap. XIX del tomo inicial, donde contrapone el orden sistemático del madrileño al desorden de que él hace gala:

Mis *Recuerdos* no son, desventuradamente para mí, una obra de cronológica ilación, de continuidad lógica y progresiva, de bien enlazados sucesos, y de uniforme estilo, como las curiosas *Memorias de un setentón*, del señor de Mesonero Romanos [...]. Mis *Recuerdos* no pueden, ni intentan competir con sus *Memorias*<sup>12</sup>.

Ese declarado desorden nace de las circunstancias de la escritura. Estuvo publicando estas memorias intermitentes hasta 1882, estirando cuanto pudo el hilo, y con estos materiales reunió tres tomos; confiesa en el prólogo del primero que *El Imparcial* era casi su única fuente de ingresos y de ahí su afán por prolongar la colaboración. Escribe tan urgido por la necesidad como desmayado de ánimo, de lo que se resienten la unidad, la estructura y el sentido de su reconstrucción autobiográfica, redactando los artículos sin aparente plan ni previsión de continuidad, algo que en entregas periódicas puede funcionar, pero que al reunirse en libro sin una profunda reescritura resalta los defectos. En el prólogo dice haber ampliado y reelaborado las piezas originales, pero la falta de ediciones críticas impide valorar el alcance, que no parece grande. Solo podemos aproximarnos al nivel más superficial: el orden de aparición. Narciso Alonso Cortés da una lista de colaboraciones periodísticas entre 1880 y 1885 no incorporadas al libro, pero muchas no guardan relación directa con la serie autobiográfica<sup>13</sup>. Mayor luz arrojan los índices del célebre suplemento elaborados por Cecilio Alonso, que determinan que hasta finales de 1882 Zorrilla insertó 115 artículos; la carta inicial a Velarde que abre los *Recuerdos* no fue el primero, antes había publicado tres sin relación con la obra y, significativamente, los dos inaugurales de materia mexicana y recuperados de un libro



11. Ese linaje editorial conforma un sólido modelo para la memorialística española de la segunda mitad del XIX y primer tercio del XX: Fernando DURÁN LÓPEZ, “Las *Memorias de un setentón* de Mesonero Romanos en el marco de la autobiografía española decimonónica”, *Anales de literatura española* (Alicante), n. 14 (2000-2001), pp. 41-84, <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2000-2001.14.03>. María Ángeles NAVAL LÓPEZ subraya que en esos años abundan los escritos autobiográficos nacionales o extranjeros en revistas y periódicos, una moda que pudo pesar en la estrategia de *El Imparcial* (“Prólogo”, pp. 13-14),

12. José ZORRILLA, *Recuerdos del tiempo viejo*, Barcelona, Imprenta de los Sucesores de Ramírez y Compañía, 1880 (pero 1881 en la contracubierta), p. 166. Los editores primitivos no siguieron adelante y en 1882 salieron los tres tomos definitivos en Madrid, Tipografía Gutenberg. Hay varias ediciones posteriores disponibles, ninguna de carácter crítico, así que yo emplearé esta: Madrid, Editorial Debate, 2001. Remito a ella indicando solo las páginas citadas. Véase el itinerario editorial en Fernando DURÁN LÓPEZ, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1997.

13. Narciso ALONSO CORTÉS, *Zorrilla. Su vida y sus obras*, Valladolid, Imprenta Castellana, 1917-1920, t. III, pp. 65-66.



anterior<sup>14</sup>. Es de suponer que esto responda a la urgencia de publicar, pero que luego le reclamarían materiales originales. El poeta fue alternando diferentes entregas bajo el epígrafe de *Recuerdos del tiempo viejo* o de *Hojas traspapeladas de los Recuerdos...* Ambas series se alternaron, pero la reordenación en tres tomos a posteriori las agrupó por separado, al tiempo que eliminó varios artículos en verso o epistolares colocados bajo el epígrafe general, pero a todas luces independientes; igualmente fue diseminando otras piezas, generalmente versificadas, sin atadura con la serie principal, que tampoco pasaron al libro. Terminado 1882, Zorrilla quedó fuera de *Los Lunes* hasta 1885, cuando volvió a colaborar con diez artículos, en su mayoría bajo el marbete de *Mis mujeres*<sup>15</sup>. Pero para entonces los *Recuerdos* ya eran una obra publicada y cerrada.

A pesar de haber reagrupado las *Hojas traspapeladas* en un tomo final y purgado lo menos pertinente que se coló en el suplemento, el libro sigue resintiéndose del desorden y la ausencia de plan: sucesivas aperturas y cierres parciales que provocan explicaciones repetitivas del autor (hasta en cinco lugares del libro anuncia que llega o que debería llegar al final... y luego continúa); incumplimiento de los anuncios sobre futuros contenidos; un recurrente metadiscursio acerca de lo que cuenta, lo que omite, lo que ya ha relatado en obras anteriores y lo que remite a otras venideras que nunca vieron la luz; carácter episódico, incompleto y reticente de no poco de lo relatado; orden asociativo de unos artículos con otros, que se superpone al cronológico y debilita el ya evanescente hilo principal; poemas o secuencias narrativas semiautónomas (único contenido del tercer volumen *traspapelado*)... El hecho de que pasara bastante tiempo entre la impresión del primer y el segundo tomo y el cambio de editores, a pesar de que el material estaba disponible desde el principio, muestra la desconfianza del mercado en el éxito de la obra, que parece no levantó todo el interés deseado<sup>16</sup>, aunque se fue incrementando con el tiempo, hasta constituirse como una seña de identidad destacada de su figura literaria.

Al margen de los elementos estructurales ya aludidos, desde el punto de vista de la construcción autobiográfica lo más relevante es la ausencia de una unidad de sentido

14. Los lunes 2 y 9 de junio de 1879 sale “Méjico y los mejicanos”, que no es sino el comienzo del libro de análogo título publicado en 1857, del que luego se habla. Son las páginas iniciales en que Zorrilla describe el país y su capital, con leves adaptaciones.

15. Cecilio ALONSO, *Índices de Los Lunes de El Imparcial (1874-1933)*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2006, 2 tomos. *Mis mujeres* no trata las materias que se hubieran podido esperar del título. Tras muchas excusas, solo habla de personajes muy secundarios en su vida. Sus tratos con *El Imparcial* no estuvieron exentos de contratiempos, de ahí la interrupción de sus colaboraciones, que él siempre procuró reanudar, porque estaban bien pagadas (“Si vuelvo a escribir en *El Imparcial*, te daré un *Lunes*, que son quince duros”, escribe a López Escobar el 2-X-[1884], en RODRÍGUEZ MARÍN, *Zorrilla...*, p. 70). En noviembre de 1885 vuelve desde Valladolid a sus cábalas, al autorizar a su pariente a entregar a unos acreedores “cinco duros del valor de cada artículo del *Lunes*, que voy a volver a publicar en *El Imparcial* [...]. Yo empezaré a enviar los artículos contratados desde el lunes próximo, aunque ignoro si inmediatamente y sin interrupción los insertarán” (*ibidem*, p. 94).

16. Zorrilla se queja de esto en carta a José Velarde, de 25-II-1881, donde implora ayuda urgente para recabar dinero de ministros y personas influyentes: “Una limosna sería lo que más me convendría en este momento, porque mis impresores no quieren meter en prensa mi segundo tomo sin ver [venir] y [calentar] el éxito del primero, y como nadie, ni aún *El Imparcial*, dice nada de él ni lo anuncia, yo no puedo usar del crédito que con ellos me daría el éxito”, en Marta PALENQUE, “Cartas de José Zorrilla al poeta José Velarde (1881-1891)”, *Boletín de la Real Academia Española*, t. 88, cuad. 298 (2008), pp. 291-335, cita en p. 311. En una carta anterior le pedía que moviese sus influencias para que el libro pudiera venderse tanto en el Ateneo de Madrid como en la redacción de *El Imparcial*. En otra epístola de 8-XI-1881 a Acacio Cáceres, asegura que “hoy mismo no tengo ya editor para el II tomo de mis *Recuerdos del tiempo viejo* y comienzo a sospechar que hasta *El Imparcial* se cansa ya de insertar mis artículos de los lunes, que es lo único con que me ayudó un poco” (en ALONSO CORTÉS, *Zorrilla...*, t. III, p. 81).

explícita, una idea de sí mismo o de su tiempo y su papel en el mundo. Si agrupamos los trazos principales, encontramos al menos tres sustancias narrativas, casi tres libros posibles barajados en uno solo.

1. Unas memorias literarias que abarcan entre 1837 y 1849, aproximadamente (del entierro de Larra al estreno de *Traidor, inconfeso y mártir*).

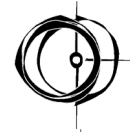
2. Unas memorias personales (o autobiografía), que él califica como íntimas, pero que rara vez alcanzan esa dimensión, y que cubren de 1840 a 1866, con interrupciones y lagunas. Estas presentan dos bloques: entre 1840-1849, centrado en las relaciones con su padre hasta que murió; y entre 1850-1866, toda su estancia fuera de España, con una larga secuencia consagrada a explicar y justificar su relación con el malhadado emperador Maximiliano de México.

3. Una serie de historias novelescas, de contenido misterioso, fantasmal o policial, de marcado cariz romántico, en las que Zorrilla es protagonista o testigo, o bien pertenecen a la historia de su padre como superintendente de policía con Fernando VII. Además de salpicarse por los dos primeros tomos, monopolizan el tercero.

Estos tres itinerarios en parte se entremezclan. Pero, además, el relato tan sincopadamente construido –y en ocasiones deconstruido a continuación– adolece de una carencia argumental clave, pues Zorrilla asegura ocultar las verdaderas razones de muchas decisiones claves, muy en particular su excéntrica emigración: “Desembarqué yo en México a principios de enero de 1855. A lo que yo iba y por qué no esperaba volver de allí, no es ahora del caso” (p. 633). Declaraciones semejantes, de las que se irán viendo otras, menudean. Por otro lado, de su vida íntima silencia, o meramente insinúa, cuanto atañe a sus relaciones sentimentales, tanto matrimoniales como adúlteras, que jugaron un considerable papel en sus actos; en cambio, no deja de hablar de dinero, obsesivamente, moviéndose entre el lamento y la ansiedad, pero sin pintarse nunca con deshonroso afán de lucro, sino como una víctima del siglo materialista y de su mala cabeza, aunque solo acota esta a una vaga ética romántica del poeta loco. Así las cosas, si su trato con las mujeres lo calla y su relación con el dinero la dulcifica para victimizarse, la coherencia autobiográfica queda pendiendo de los tres únicos hilos con que está dispuesto a tejer su identidad ante el lector, no sin recordarle continuamente que esconde otros: su fama literaria, su españolidad y la opresiva culpabilidad, cuajada de rencor, que sentía hacia su padre.

Estas tres sustancias están tortuosamente interconectadas a través de la hegemónica figura paterna<sup>17</sup>: España opera en buena medida como traslación metafórica

17. Francisco SÁNCHEZ BLANCO sitúa en esta relación el eje de unidad de la obra: “Zorrilla quiere reconstruir su propia vida superando la libre asociación de recuerdos que solo dan idea de un ‘yo’ desintegrado y busca los motivos que han acompañado con más insistencia sus decisiones. Al final, su autobiografía se convierte en la reflexión de unas relaciones conflictivas con su padre que en la vida real nunca llegaron a verbalizarse” (“Autobiografía y concepción del ‘yo’ desde Mor de Fuentes a Ramón y Cajal”, *Revista canadiense de estudios hispánicos*, 11, 1987, p. 640). Anna CABALLÉ enfatiza la centralidad del padre, hablando de “un complejo de Edipo negativo y mal resuelto en la madurez del escritor”, que lo llevaría a un deseo de autoaniquilación (“Las Memorias de Zorrilla: conflictos de un destino personal”, *Ínsula*, 564 (1993), pp. 15-16; también en ídem *Narcisos de tinta. Ensayos sobre literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX-XX)*, Madrid, Megazul, 1995, pp. 155-156. Esa es igualmente la interpretación de James FERNÁNDEZ, “La novela familiar del autobiógrafo: Juan Goytisolo”, *Anthropos*, 125 (1991), pp. 54-60; y *Apology to apostrophe. Autobiography and the rhetoric of self-representation in Spain*, Durham, Duke University Press, 1992, cap. 3. Aunque es cierto, estos estudiosos sobredimensionan la unidad y profundidad que tal elemento conferiría a esta autobiografía. Al extremo contrario parece deslizarse Ricardo de la FUENTE BALLESTEROS, para quien la recurrencia paterna “no es una pulsión edípica, sino más bien una autojustificación de su falta de recursos económicos, de su



del progenitor, mientras que su carrera en las letras es el motivo de decepcionarlo y de no haber podido reconciliarse, pues ansía de él una aprobación y reconocimiento que nunca llegaron. Esa culpa sin redención posible, ya que su padre murió sin un gesto de perdón, es según él lo que psicológicamente le impide disfrutar de su éxito como escritor y lo lleva a aniquilarse tanto en lo literario como en lo personal, pues su marcha a México se evoca en los *Recuerdos del tiempo viejo* como un suicidio simbólico cumplido mediante la autoprohibición de la patria, la escritura y la fama.

Sabemos, sin embargo, como confiesa en documentos privados de distintas épocas, que en realidad quería alejarse de su esposa, Matilde O'Reilly, y que tenía graves problemas económicos<sup>18</sup>. Su esposa, una viuda diecisiete años mayor que él, tuvo una hija dos meses después de la boda, muerta poco después; fue un matrimonio conflictivo, que agravó los problemas del poeta con sus padres<sup>19</sup>. Su marcha a Francia y el abandono del teatro lo atribuye Zorrilla a los celos de Matilde, que lo abochornaban ante la sociedad madrileña y el mundillo escénico<sup>20</sup>, pero casi siempre las alusiones al problema conyugal van de la mano de otras cuitas económicas, y tras su viaje a México se duele de que su esposa le hundía la reputación escribiendo a cuantas personas influyentes trataban con él, para desacreditarlo<sup>21</sup>. En 1864 el poeta satírico Manuel del Palacio se chanceaba con escasa sutileza de que “harto de ruinas y hartos de viejas, / se fue a La Habana... sin su mitad”<sup>22</sup>. Es justo subrayar que solo conocemos la versión del marido (nunca en escritos públicos) y que el hijo de Matilde lo acusaba a él, no sin fundamento, de infidelidades y de abandonarla en la penuria<sup>23</sup>.

52

Solo en un aparente desliz de su pudor al hablar de amores, Zorrilla menciona en los *Recuerdos* que, al salir de París en noviembre de 1854, “me despedía en la estación de ferrocarril una mujer en cuyos brazos dormía un ser inocente nacido en el pecado, por quien debía yo vivir, trabajar y volver de América rico” (p. 315). Esa oscura alusión encubre en realidad una apasionada y crucial aventura extramatrimonial de varios años con Emilia Serrano, que luego tendría una longeva trayectoria como escritora en Europa y América, firmando como baronesa Wilson. Zorrilla jamás habló directamente de este adulterio, que está en el origen de su marcha a Francia para seguir hasta allí a su amante (es la famosa “Leila” de sus poemas de esa época) hasta el momento de que, acosado por los problemas financieros y perseguido por las reclamaciones de su esposa, marcha a

---

no haber sido un hombre práctico” (“En torno a las ‘memorias’ de Zorrilla”, en Jesús PÉREZ MAGALLÓN, Ricardo DE LA FUENTE BALLESTEROS y Kathleen M. SIBBALD (coords.), *Memorias y olvidos: autos y biografías, (reales, ficticias) en la cultura hispánica*, Valladolid, Universitas Castellae, 2003, p. 100).

18. En efecto, “se han señalado tres causas principales que explicarían esta expatriación: la precariedad de sus finanzas después de que su padre lo desheredara al morir; las ganas de separarse de su mujer, Matilde O'Reilly, con la que se había casado en 1839; y la voluntad de resarcirse de sus fracasos editoriales en Francia y España mediante la supervisión directa de la venta de sus obras en ultramar” (Toni DORCA, “México en el imaginario zorrillesco: los *Recuerdos del tiempo viejo*”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* (29-marzo-2021), § 3, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.83533>).

19. ALONSO CORTÉS, *Zorrilla...*, t. I, p. 276 y ss, y 403.

20. *Ibidem*, t. II, pp. 133 y ss.

21. *Ibidem*, t. II, pp. 335-343.

22. *Ibidem*., t. II, p. 133 n.

23. *Ibidem* t. II, p. 343-344.



México<sup>24</sup>. Todo eso justifica principalmente su huida de España y de Europa —así cabría calificarla—, como se desprende de que la muerte de Matilde causase su inmediato retorno. Sin embargo, lo importante es que en los *Recuerdos* él decide articular su relato autobiográfico silenciando o negando esos factores, así que el relato que se construye es otro, no el que se desprende de los hechos o de declaraciones más tempranas.

Sobre estos cimientos engañosos se levanta el edificio identitario de estas memorias, en el que juega un papel central su experiencia americana, tal como quiso contársela a los lectores de *El Imparcial* a partir de 1879, veinticuatro años después de haberse ido a Ultramar y trece después de haber regresado. México, así pues, una vez que ha silenciado lo que no quiere contar, aflora en los *Recuerdos* fragmentario y no demasiado coherente, pero siempre de forma oblicua, en relación con la identidad del autobiógrafo. Es además el cierre de una especie de trilogía, pues *México y los mexicanos* (1857), *El drama del alma* (1867) y *Recuerdos del tiempo viejo* (1880-1882) representan tres lecturas sucesivas del país según su momento vital respecto a él: una cálida descripción del país y una reflexión amable sobre la realidad mexicana cuando aún esperaba cumplir sus objetivos y deseaba halagar a sus anfitriones, pero ya flaqueaban las expectativas<sup>25</sup>; un agrio rechazo condenatorio “de aquella letal región”<sup>26</sup> tras el fracaso de Maximiliano y su regreso a España; y por fin la conversión a posteriori de la vivencia mexicana en un gesto más de su autoidealización como poeta mártir, desprendido de cualquier deseo material de éxito y gloria. Solo en ese sentido Fernández Cifuentes ha podido calificar este libro como “una autobiografía emblemática”, pues en ella el lector no encuentra “el ejercicio más o menos precario pero coherente de una *memoria*”, sino “las estrategias de acatamiento, de respuesta o de resistencia al *presente* de su escritura”<sup>27</sup>. Es, en efecto, el acto de un resistente que a menudo se concreta ante todo en seguir ganando el sustento cotidiano.

## México como suicidio

En su *opus magnum* mexicano, *La flor de los recuerdos*, Zorrilla se describe como “el trovador errante del siglo diecinueve, / que cruza mar y tierras en brazos del azar”<sup>28</sup>. Bien podía presumir de su rareza, pues en efecto la pregunta que ha de contestar alguien como él —el célebre autor de *Don Juan Tenorio*, que había paseado su hispánica gloria incluso por París— es por qué va a instalarse en 1855, con solo 38 años, a un inestable

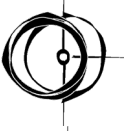
24. La identidad de “Leila” fue dada a conocer por Narciso Alonso Cortés ya bien entrado el siglo XX, poniendo la primera pieza para sumar en una sola figura femenina numerosas alusiones dispersas a amores no nombrados. La mejor y más completa información sobre esto la ha proporcionado recientemente Pura FERNÁNDEZ, *365 relojes. Vida de la baronesa de Wilson (1833-1923)*, Barcelona, Taurus, 2022.

25. Este libro ofrece su visión más favorable y empática de México, e incluso lo defiende de las apresuradas críticas de los viajeros europeos (José ZORRILLA, *La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos*, México, Imprenta del Correo de España, 1855, pp. 387-389; cito la portada general del libro, que se rotula tomo I, pero la parte final en prosa, *México y los mexicanos*, se fecha al final en 1857, aunque no tiene portada propia y sigue la paginación general).

26. ZORRILLA, “Miramar”, en *El drama del alma...*, prospecto citado, p. 14; edición de 1888, p. 7.

27. Luis FERNÁNDEZ CIFUENTES, “Zorrilla y la ética de la autobiografía”, en BLASCO, DE LA FUENTE y MATEOS, *Actas del Congreso...*, p. 46. Véase también Antonio DORCA, “Juegos retóricos e invención de una identidad en la escritura autobiográfica: los *Recuerdos del tiempo viejo* de José Zorrilla”, *Hispanic Review*, 64-3 (1996), pp. 359-372, <https://doi.org/10.2307/474616>.

28. ZORRILLA, *La flor de los recuerdos...*, t. I, p. 7.



país, remoto y atrasado según los parámetros europeos, agitado por discordias internas en que la colonia española estaba directamente implicada. Solo en la *Década Ominosa* (1823-1833) hubo un cierto flujo de hombres de letras y políticos españoles a la América hispana, expulsados por la diáspora liberal y atraídos por la necesidad en las nuevas repúblicas de cuadros dirigentes para levantar sus aparatos educativos y administrativos. En el resto del siglo escasean los desplazamientos de literatos a América para hacer carrera o avecindarse, aunque el dramaturgo chiclanero Antonio García Gutiérrez anduvo entre Cuba y México de 1844 a 1849 y el bilbaíno Niceto de Zamacois se instaló en México hacia 1840, cuando tenía 20, y desarrolló allí casi toda su trayectoria como escritor. Desde el eurocentrismo hegemónico, aquella tierra es una periferia de la cultura española, subordinada e inferior a esta, que a su vez es una periferia de Europa (esto es, en buena medida, de Francia). Por eso la conducta de Zorrilla resulta a priori incomprensible, y por ello mismo es la respuesta más urgente que tiene que proporcionar en sus memorias, reconduciendo tal rareza a términos aceptables.

El escritor prioriza una explicación psicológica compatible con los códigos de la bohemia y el malditismo literario del Romanticismo. Él vestirá siempre con gusto la máscara del poeta loco, cuyas decisiones no son racionales, sino raptos de un alma sensible y atormentada, ajena a ambiciones mundanas y a la tiranía de lo material. Así menciona su marcha a América por primera vez, en el artículo inicial:

Yo me ausenté de mi patria en 1847 por razones que a nadie importan: me fui el 55 a América por pesares y desventuras, que nadie sabrá hasta después de mi muerte, con la esperanza de que la fiebre amarilla, la viruela negra o cualquier otra enfermedad de cualquier color acabaran oscuramente conmigo en aquellas remotas regiones. No quiso Dios que allá muriera. Su protección visible me salvó de los naufragios, de las pestes y de las guerras civiles (p. 27).

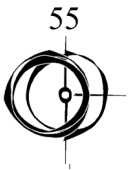
Su visión de América se acomoda, por lo tanto, al tópico eurocéntrico: un rincón oscuro donde morir de enfermedades tropicales o de alguna guerra que le es indiferente, una no patria marcada por el olvido, un Ponto donde sufrir como Ovidio por un desdichado exilio, en su caso voluntario. Este gesto de patetismo romántico es el *leit motiv* recurrente que construye la melodía emocional de estas memorias. Su desplazamiento traduce un suicidio diferido que lo libera de la responsabilidad de atentar contra su vida: “No siendo yo partidario [del suicidio] me fui a esperar de Dios la muerte en América, una muerte natural, pero que creí encontrar más próxima en aquellas extrañas regiones” (p. 253). Esa aniquilación por mano del destino la asocia directamente con la imposibilidad de obtener la redención por sus pecados familiares: “Después de la muerte de mi padre, mi cerebro se entenebró y no volví a tener rumbo ni a proponerme fin en el camino de la vida; viví al azar, esperando morir sin desear ni temer la muerte” (p. 299). La muerte del padre, a la vez, la identifica con cancelar su carrera en las letras y abandonar España.

Desde luego, existe una explicación compatible con cánones europeos para irse de Europa a un Trópico colmado de guerras y enfermedades: hacer lucrativos negocios con los que regresar luego a la verdadera civilización abastecido de fondos. Eso es algo que cualquiera hubiera entendido, un principio (neo)colonial básico arraigado en el subconsciente de una España donde las gentes *hacían las Américas*, pero sería poco honroso admitirlo para un escritor romántico. A este respecto, cabe observar que la ansiedad que el autor siempre muestra por el dinero la enlaza estrechamente con la identidad literaria, doliéndose de sus maltratados derechos de autor y de la dificultad de una auténtica profesionalización: no puede tener una vida holgada porque la escritura no goza de la rentabilidad y autonomía que merece. Ese es un impulso determinante para buscar rentas en México, salvo que allí se encontrará con que la vida literaria es aún más

depauperada y dependiente del capricho ajeno que en España<sup>29</sup>. A su llegada recibió no pocos reconocimientos y agasajos, y no solo debidos a la colonia española<sup>30</sup>. Algunos de estos, como la colección lírica reunida en su honor por poetas locales, se manejan en la clave que Zorrilla seguramente aguardaba, la de sentirse halagados por la visita de una suerte de patriarca poético: “Tú que los aplausos del Viejo Mundo recoges, / oye los aplausos que el Nuevo Mundo te rinde; / mis patrios lares también tu fama pregonan, / virgen América te estrecha en su cándido seno / y ósculo te imprime de paz en la ínclita frente”<sup>31</sup>. Pero pasado el revuelo inicial, nunca halló en México una plataforma para influir en la vida local u obtener grandes utilidades como escritor; su cercanía a los intereses españoles y finalmente al emperador Maximiliano hicieron que acabasen identificándolo más con un intruso que con un maestro; al aceptar del emperador la dirección del teatro nacional, se ganó el repudio de muchos escritores locales<sup>32</sup>. Al fin y a la postre, el balance profesional de su carrera mexicana fue decepcionante<sup>33</sup>.

Es revelador que su análisis de la cruda realidad del oficio literario en el país de acogida se desarrolle sobre todo en *México y los mexicanos* (segunda parte de *La flor de los recuerdos*, de 1857, dedicada en su mayor parte a exponer el estado de la literatura en su país de acogida), porque desvela de forma más sincera y abierta sus genuinas inquietudes al acudir a Ultramar. Ya en *El drama del alma* se jactaba dignamente de que “yo [...] a aquel litoral no fui por oro”<sup>34</sup>, pero es sobre todo en los *Recuerdos de un tiempo viejo* donde sus ambiciones originales se diluyen y se hacen inespecíficas, porque a esas alturas ha reconducido su emigración a causas íntimas y a una pulsión nihilista. Aunque apenas puede disimular que su viaje atendía principalmente a intereses prosaicos, en la autobiografía ya sabe que las expectativas de explotar su fama en América se habían coronado con un fracaso, así que prefiere afirmar que eran un pretexto y que su *suicidio* virtual constituía la causa real de su decisión, aunque la lógica y los datos hagan pensar que sucedió a la inversa.

Mis versos estaban malditos por mi padre y yo comencé a aborrecerlos, comenzando a pensar en atravesar el Atlántico en busca de una muerte que creí yo casi segura, bajo pretexto de ir a buscar una fortuna, que estaba yo más seguro de no alcanzar jamás con mis obras (p. 302).



29. Sobre eso, véase Bécquer SEGUÍN, “José Zorrilla in Mexico: transatlantic Romanticism and the question of artistic labour”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 28-1 (2019), pp. 67-81, <https://doi.org/10.1080/13569325.2019.1600478>. Acerca de la visión condescendiente de Zorrilla sobre la literatura mexicana de su tiempo, véase Christina KARAGEORGOU-BASTEA, “Panorama y panóptico en *México y los mexicanos* de José Zorrilla”, *Revista Hispánica Moderna*, 62-2 (2009), pp. 163-177.

30. Véase al respecto, en lo poco que no deriva de los *Recuerdos* de Zorrilla, el estudio de Guillermo RIVERA, “José Zorrilla en América. Datos biográficos”, *Harvard studies and notes in philology and literatura*, XIV (1932), pp. 219-247. También describe este recibimiento, en términos un tanto triunfalistas, Andrés HENESTROSA, “José Zorrilla en México”, en José ZORRILLA, *México y los mexicanos (1855-1857)*, México, Ediciones de Andrea, 1955, pp. VIII-X.

31. José Sebastián SEGURA, “Dedicatoria” a los *Sonetos varios de la musa mexicana, colección dedicada al insigne poeta español D. José Zorrilla*, México, Imp. de Vicente Segura, 1855, p. 6.

32. HENESTROSA, “José Zorrilla...”, pp. XVI-XVIII.

33. Véase John DOWLING, “José Zorrilla en el Parnaso mexicano”, *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 18-23 agosto 1986. Volumen II*, Berlín-Frankfurt del Main, Vervuert, 1989, pp. 527-533.

34. ZORRILLA, *El drama del alma*..., p. 18.

Las contradicciones afloran en las grietas que los hechos narrados no rellenan o deconstruyen. Ya he citado el pasaje de los *Recuerdos* donde afirma que su emigración atendía a cuidar de una mujer, cuya identidad oculta, y su hijo pecaminoso –ahí no declara explícitamente ser el padre– y que su propósito era “volver de América rico” (p. 315) para mantenerlos, algo de lo que no volverá a decir palabra. En el cap. IV de la sección “Tras el Pirineo” asegura portar para su travesía cartas de recomendación al presidente de México, al empresario del principal teatro capitalino y a otras personalidades: “y llevaba un pequeño crédito para hacer frente a los gastos de los primeros días de mi llegada, suponiendo [Bartolomé] Muriel [el rico mexicano que lo había protegido en París] que con mi nombre y las cartas no necesitaría más en México para hacer allí mi fortuna” (p. 315). No parecen las declaraciones de un suicida que ansíe yacer en el olvido y contagiarse del vómito negro. De ahí también la conmoción al enterarse en Veracruz de que su llegada había sido precedida por unas quintillas impresas en Cuba a su nombre con injurias hacia los mexicanos y su presidente, “libelo que infamaba mi nombre, inutilizaba mi viaje y anonadaba mi porvenir” (p. 349).

Se antoja obvio, pues, que el viaje se concibió, al tiempo que para alejarse de sus trastornos matrimoniales, sentimentales y financieros, para rentabilizar la admiración de los criollos y españoles acaudalados de aquella República. En otro lugar de las memorias afirma que su esperanza era que “en un trabajo honrado, a la sombra de la protección de los españoles [...] y de la misma del general Santana [...] olvidaría yo mis pesares, me congratularía con aquellos malditos versos míos que no habían sabido captarme el amor ni el perdón de mi padre” (p. 360). Hay una nítida esperanza de reemplazar la aprobación paterna por la aclamación mundana, no de sumirse en una purgación eterna por no tenerla. Por fin, si leemos la dedicatoria al conde de la Cortina de *La flor de los recuerdos*, entre halagos a sus anfitriones, no se muestra anheloso de una pronta muerte:

¡Y plegue a Dios que cuando el mar y el viento  
me vuelvan a las playas españolas,  
queden tras mí como memorias gratas,  
ecos de mi cantar, mis serenatas!<sup>35</sup>

En la misma línea, en el poema *La flor y la perla* anuncia el poeta que:

cuando me vuelva de aquella región  
sus bellos cantares a Europa traeré [...]  
Si al fin satisfago mi noble ambición,  
a Europa cantando feliz volveré<sup>36</sup>.

Salta a la vista que concibe su jornada mexicana como un paréntesis antes de volver a España reforzado, no como la estación final de su vida. En el prospecto del *Drama del alma*, de 1867, acogándose ya a su reconfiguración más apolítica e idealizada, sigue subrayando que tan solo esperaba a enviudar para volver a donde deseaba estar: “yo, en fin, que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome por todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinión política, sin interés mercantil y esperando solo que Dios rompiera—la cadena que me impedía volver a Europa”<sup>37</sup>. Así, a la postre, en la emigración del escritor late mayor palpito de vitalidad que de suicidio: fue el magro éxito obtenido el que le aconsejó refugiarse en un nihilismo

35. *La flor de los recuerdos...*, t. I, p. 13.

36. *Ibidem*, p. 37.

37. ZORRILLA, *El drama del alma...*, prospecto citado, pp. 28-29. El guion largo solo figura en este prospecto, no en la edición de 1888, y crea un efecto suspensivo que hay que tener en cuenta.

impostado, congruente con una visión colonial de las tierras americanas como *limes* feraz y peligroso del mundo civilizado. De ahí que en los *Recuerdos* se recree en su apático ir y venir entre Ciudad de México y las haciendas de Los Llanos de Apan:

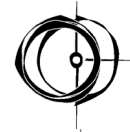
atracándome de soledad y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes nopaleras, y curando de la viruela negra a los miserables indios, que no se vacunan, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba (p. 376).

Esa relectura a posteriori lo capacita para concluir su relato mexicano reafirmando su supuesta ansia de autoaniquilación, a pesar de que desmienta muchas de las páginas escritas en años anteriores, y también algunas de las que contiene esa misma obra:

Había yo pasado once años y medio en México esperando una muerte que siempre me desdeñó, en la indolencia del hastío de la vida y en el poco caso que de ella se hace en aquel delicioso país (p. 527).

Y si México fue su suicidio, el regreso a España no puede interpretarse sino como la vuelta a la vida de un muerto, como ya adelantaba en *El drama del alma*, donde su lectura fatalista ha cobrado amplio vuelo envuelta todavía en amargo rencor hacia el país anfitrión: “vuelvo... como después de un largo entierro / volvería un cadáver a la vida”<sup>38</sup>. Después de los *Recuerdos* quedará cristalizada esta excusa nihilista, que irá repitiendo de análogo modo cada vez que se tercié, como cuando versifica su discurso para ingresar en la Academia Española. Habla así de lo acaecido tras morir su padre:

Entonces en mi ser se efectuó un cambio  
rápido y radical: la pura esencia  
de mi amor al hogar y a la familia  
se convirtió, no en odio, ¡más valiera! [...]:  
yo sentí por la vida un vago hastío,  
caí en la más profunda indiferencia  
y desprecié mis versos y mi nombre,  
la patria gloria, hasta la patria lengua;  
y para ir a morir tendí la vista  
a los desiertos páramos de América.  
Entonces me llamasteis generosos  
y alucinados por la vez primera;  
¡pero yo abandonaba hasta las tumbas  
de mis padres! no oí: me hice a la vela,  
¡y allá a morir me fui! mas no a matarme:  
Dios hará de mi vida lo que quiera; [...]  
Veinte años de mi patria viví lejos;  
ni supe de ella más, ni inquirí si era  
ya en ella recordado: de mi vida  
que he dormido veinte años hago cuenta<sup>39</sup>.



### Una España de segundo grado

En más contadas ocasiones Zorrilla destila un juicio menos derrotista de sus propósitos de emigrante, e interesa particularmente el vínculo que establece entre ambos países: “Había yo ido a México como a una segunda patria en donde morir tranquilo y

38. ZORRILLA, “A don Pedro Antonio de Alarcón, el poeta”, *El drama del alma...*, prospecto citado, p. 24; ed. de 1888, p. 13.

39. José ZORRILLA, *Discurso poético leído ante la Real Academia Española en su recepción pública...*, Madrid, Imp. y Fundición de Manuel Tello, 1885, p. 12.



estimado” (p. 360). Hay mucho que matizar, y así trataré de hacerlo a partir de aquí, respecto a en qué sentido se trata de una segunda patria, o si es más bien solo una segunda España, o peor aún, un pariente pobre y de segundo grado de aquella España tampoco demasiado maternal para él. Es importante a tal efecto precisar que su salida de España no había sido absoluta, en tanto que en México se integró en la colonia e intereses españoles, fuerza política activa en las luchas intestinas de la República y del Imperio. Él es miembro de esa comunidad, aunque presuma de neutral y articule solo a ratos un compromiso efectivo con ella. Esa ambigüedad entre ser un testigo foráneo, un actor español en los asuntos mexicanos o un verdadero vecino de México nunca se disipa.

Zorrilla dedica al viaje en barco, sus dos estancias en México y la etapa intermedia en Cuba entre ambas, una gran cantidad de páginas, principalmente los 18 capítulos de “Allende el mar” y los 20 de los extrañamente denominados “Apéndices”, consagrados sobre todo al imperio de Maximiliano; en las narraciones novelescas del tercer tomo que titula *Hojas traspapeladas...*, las hay también de ambientación ultramarina, aunque poco aportan al desarrollo de la materia. Esta presentación de México ante los lectores de *El Imparcial* tiene como eje exponer con tono crítico —a veces satírico, a veces complaciente o frívolo, y en ocasiones desesperanzado— la identidad común de españoles y mexicanos dentro de los defectos y caracteres de “nuestra raza española” o, alternativamente, “nuestra raza latina”. Zorrilla tiende a explicar por esa vía los problemas e insuficiencias de la sociedad mexicana, más que desde elementos diferenciales. Así, su enfoque participa del gran proceso colectivo que articula la cosmovisión hegemónica en España desde la que asimila las independencias de Ultramar, esto es, la construcción:

58

de un imaginario colectivo sobre lo que habían sido antiguos territorios de la Corona Española en América. Territorios que comienzan a verse como algo distinto a España pero menos distintos que otros. Estamos asistiendo al nacimiento de una cierta idea de comunidad histórico-cultural, que recorrerá como un fantasma la vida pública española durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, si es que no hasta nuestros días<sup>40</sup>.

Ahora bien, la concreción que hace el vallisoletano de esa comunidad imaginada está influida por su vínculo personal con México y por la repulsa contra los españoles latente en México, pero también por su pesimismo sarcástico hacia España. Eso hace que esa Hispanoamérica compartida sea más bien una comunidad de defectos que de valores positivos. Súmese a eso que Zorrilla manifiesta un juicio poco imperialista de la Conquista, donde los ideales cristianos y los gestos heroicos apenas encubren una insaciable codicia por el oro que arrastra a América a la hez del pueblo español<sup>41</sup>. Así, cada vez que señala un mal o una peculiaridad de México, resulta ser una forma degradada de algo que también aqueja a España. Veamos los principales trazos.

México es pintado siempre como una sociedad inmadura, anclada en el estadio previo a una plena nacionalidad, lo cual lo subordina todavía social y espiritualmente a la vieja nación de la que se ha desgajado. “El país es naturalmente quisquilloso de su independencia, a la cual no ha tenido aún tiempo suficiente de acostumbrarse” (p. 359). Eso no le impide ser comprensivo con los motivos que justificaron aquella independencia, “sin temer de ser por ello tachado de mal español; porque yo, ¡vive Dios!, he vivido once años en América como español y como cristiano” (p. 387). Todo su discurso se encamina

---

40. Tomás PÉREZ VEJO, “La construcción de México en el imaginario español decimonónico (1834-1874)”, *Revista de Indias*, LXIII, 228 (2003), p. 398.

41. Desarrolla esta idea en largas secuencias de *El drama del alma*, como puede verse en la cita que abre este artículo, donde acaso proyecta de manera solapada sus propias motivaciones para emigrar.

a pasar página de aquellos agravios y promover la fraternidad y progreso mutuos, en tanto en cuanto los males de los mexicanos son asimismo los de los españoles. La parte más delicada de esa visión consiste en rastrear el deterioro del legado virreinal, justificado por una independencia un tanto prematura, pero también por la mezcla racial, que claramente establece como un impedimento insalvable para culminar un desarrollo nacional al modo europeo. Así, Zorrilla propone varias veces como finalidad de su recorrido narrativo por México hacer un recuento de la herencia dejada por España: “Hablemos, empero, un poco de lo que yo vi en México desde 1855 a 1859, y que me pareció rastro de nuestro paso y dominación por aquel país” (p. 387). Su propósito sería:

ver y estudiar qué rastro había dejado allí nuestra dominación; qué había quedado allí de nuestras creencias y costumbres españolas, y qué debían a nuestra civilización y a nuestra fe aquellos extensos países por nosotros descubiertos, legislados y cristianizados (p. 391).

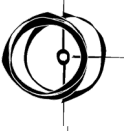
Este “nosotros” se refiere inequívocamente a la España europea, pero a lo largo del relato este colectivo se diluye más bien en una categoría lata de la civilización común, en la que nunca tienen cabida los indios. Esta insistencia en el legado español y su poco interés por la población autóctona desprende también una lectura política. No solo se corresponde con el nacionalismo español del momento, sino con claves mexicanas, pues en el México independiente las construcciones de la identidad nacional de conservadores y liberales (uso los términos definidos por Pérez Vejo) diferían mucho en este punto. Mientras los primeros, con quienes se suelen alinear los residentes españoles, insistían en la continuidad con el virreinato y el origen netamente europeo de México, los segundos sostenían que la nación derivaba esencialmente de los pueblos originarios invadidos por los europeos<sup>42</sup>. Pero lo más significativo es que Zorrilla jamás cumple su promesa y apenas trata del legado de la Conquista<sup>43</sup>. A veces da tal o cual retazo, para expresar una imagen de deterioro y retroceso de la República de México respecto al virreinato de la Nueva España, justificado en parte por la impureza racial, pero el argumento no abunda:

Los gobiernos de México no se habían ocupado de reparar las carreteras abiertas por los españoles; y esta incuria, imperdonable en otro país, era allí por entonces facilísima de comprender. El indio camina siempre a pie y carga los objetos de su tráfico en burritos casi enanos; no necesita para nada las carreteras: no hay mexicano que no tenga caballo y, como estos no van herrados y marchan con inconcebible seguridad por los ásperos terrenos, por eso la raza blanca, que lo es de jinetes, no las echó mucho de menos (p. 369).

Uno podría preguntarse si los indios no habrían dejado de ir a pie con sus mercancías de haber tenido carretera y carros para hacerlo, pero es un tic colonial básico pensar que es la condición *natural* lo que hace a los pueblos inferiores, y no la inferioridad que padecen la que genera esa condición. También es aleccionador recordar aquí que Zorrilla no está sino trasladando a un nivel inferior la crítica que todos los viajeros europeos llevaban

42. Véase Tomás PÉREZ VEJO, “Hispanófobos vs. Hispanófilos. La historia como arma política en México, 1821-1867”, en Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES (coords.), *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810-2010*, México, Colección Bicentenario, 2010, pp. 125-165.

43. Algo más se explaya, indignado, en *El drama del alma*, donde varias octavas (XX-XXV) de la sección “1865” recuerdan con desabrimiento a los mexicanos que su capital “hoy vivero de crímenes, no encierra / ni una piedra labrada, ni una sola / que no haya puesto allí mano española”, p. 113. Pasajes como este expresan el pico más agresivo de españolismo en Zorrilla, y no en vano coinciden con una línea común del nacionalismo decimonónico, que subraya la monumentalidad de las ciudades mexicanas como expresión imprecedera de su deuda civilizatoria con España (véanse testimonios elocuentes en PÉREZ VEJO, “La construcción...”, pp. 412-413; y en Rebeca VIGUERA y Raquel IRISARRI, “Descripciones histórico-geográficas y monumentales” de AMORES, MARTÍN y PACHE, *De ida y vuelta...*, p. 75 y ss.). En Zorrilla, no obstante, son la excepción más que la regla: su relación con la gloria imperial española es más ambigua y tortuosa.



décadas esgrimiendo contra los detestables caminos españoles: duplica un estereotipo para con él crear una jerarquía de naciones<sup>44</sup>.

El carácter de México como una España de segundo grado se manifiesta principalmente en que de continuo presenta la República americana como viva encarnación de la España previa a las revoluciones liberales. México estaría transitando con décadas de atraso el camino ya recorrido por la metrópoli. De sus hacendados asegura que eran “aún en 1855 lo que un señor feudal en la Edad Media; en sus tierras no había más derecho ni jurisdicción que las suyas” (p. 373). Eso le permite explayarse en el estado de virtual esclavitud en que vivían los indios bajo apariencia de ciudadanía libre. Tal rasgo es muy explícito en lo que hace al clericalismo y las luchas políticas en torno al poder de la Iglesia. Zorrilla afirma que en 1855, cuando llegó, aún no se habían producido las quiebras en la vieja sociedad a las que asistió en los años siguientes: “México, en fin, se parecía mucho, a mi llegada a aquella República, a nuestro Burgos, nuestro Toledo o nuestro Sevilla, en aquella época que yo alcancé todavía” (p. 390), refiriéndose a la abundancia y hegemonía de frailes, canónigos y monasterios. Zorrilla interpreta, por tanto, los choques entre Estado e Iglesia que desangraron México en aquellos años como una repetición de lo ocurrido en la guerra carlista: “comenzaron los mexicanos a fusilarse en nombre de la religión, de la libertad y de los fueros, como nosotros en la guerra de los siete años, desde el 33 al 40” (p. 421).

60

En lo político, pinta al presidente de la República (de quien se burla por escribir su apellido Santa Anna) con los rasgos que luego se harán comunes para representar a los dictadores de repúblicas bananeras: vanidad extrema, vulgarísima ostentación de los elementos formales del poder, autoritarismo caprichoso... Insiste mucho en ello, seguramente porque le tocó vivir un periodo de gran convulsión, con inestabilidad perpetua, facciones en lucha y falta de ley y orden en el territorio. Ahora bien, arguye que es “lo de siempre en nuestra inquieta raza, llamada latina sin duda porque reza en latín, sin saberlo, como las monjas” (p. 377). Así pues, su análisis de la realidad mexicana lo que pone de manifiesto son los defectos de familia de “nuestra raza llamada latina” (p. 389) más que una deriva propia. Su evidente simpatía por Maximiliano está impregnada de escepticismo, convencido de que sus ilusiones de progreso y pacificación eran ilusorias, una noble pero inútil fantasía caballeresca.

Mas donde vierte opiniones más duras no es en los *Recuerdos*, sino en el largo poema *El drama del alma. Algo sobre Méjico y Maximiliano* (1867), publicado en Burgos poco después de salir del país y bajo el impacto del trágico final del Imperio. Es un cierre –un portazo casi– de su etapa americana y a la vez solemniza su regreso a España (“*the Drama is not only Zorrilla’s method of critiquing Mexico’s failures but also of ensuring his reinsertion in Spanish literary circles*”<sup>45</sup>). Lo escribe aún con la temperatura emocional provocada por el hundimiento de sus expectativas, ahora ya no como miedo vislumbrado, sino cumplido. La llegada de varios ejemplares a Ultramar en el mismo 1867 levantó las iras de muchos sectores mexicanos y cortó cualquier lazo que el autor pudiera conservar con el país, al que inicialmente no descartaba volver; en 1868, *El drama*

44. “Son estos estereotipos los principales creadores de tensión entre comunidades [...]. El mal estado de los caminos y la frecuencia con la que los viajeros eran víctimas de los ladrones es un tópico aceptado para aquellos que recorren España desde tiempo inmemorial, pero también para los que viajan por México” (Montserrat AMORES y Manuel SANTIRSO, “Introducción”, en *De ida y vuelta...*, p. 11).

45. Curtiss WASSON, “Civility and the nation: Mexico in the work of José Zorrilla and Joaquín M. Guadalajara y Cosío”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 95-10 (2018), pp. 1.107-1.122, cita en p. 1.108, <https://doi.org/10.3828/bhs.2018.64>.

*del alma* se reeditó en México y, aunque fue generalmente silenciado, recibió reacciones soterradas y réplicas implícitas<sup>46</sup> que dejaron un largo eco en la negativa opinión que se ha tenido allí del vallisoletano. Es justo después cuando Zorrilla inicia la reinterpretación de sus años “perdidos” que expresa en los *Recuerdos*, donde la crítica a la sociedad mexicana y a una política bárbara está ya muy atemperada por un escepticismo irónico que lo impregna todo.

A este respecto, cabe recordar que Zorrilla fue generalmente conservador, aunque siempre aspiró a un impostado apoliticismo y en ciertos momentos vincula sus posturas reacias a liberales y progresistas al afán de no desagradar a su ultrarreaccionario padre, lo que nos remite de nuevo a su omnipresente sombra<sup>47</sup>. Este conservadurismo vale tanto para España como para su actuación en México, donde se alinea con la colonia española y con el régimen imperial impuesto por la intervención francesa, si bien de forma poco militante, al menos en un plano público. Su logro final de ese singular estatuto decimonónico de “poeta nacional”<sup>48</sup>, cantor de las esencias de la patria, su historia y su espíritu popular, se inserta plenamente en el proyecto de nación del conservadurismo decimonónico<sup>49</sup>. Su recurrente identificación con la España árabe y el orientalismo es, en realidad, una ambigua maniobra de *cruzada moral* que exorciza ese pasado en beneficio de una nacionalidad española castellanista e indisociable de un cristianismo superior y superador<sup>50</sup>. Zorrilla proyectará sobre México esa misma identidad nacional, reemplazando a los moros por los indios como sustrato aceptado en tanto que exotismo colorista y pasional, pero superado por una civilización y una fe superiores. En paralelo, la intensa defensa del catolicismo se combina con un fuerte anticlericalismo que enfatiza

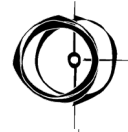
46. Gerardo Francisco BOBADILLA-ENCINAS, “La novela de la Intervención y el Segundo Imperio mexicano. Una polémica silenciada”, *La Colmena*, 103 (2019), pp. 43-58. Véase del mismo autor, “Escisión y ambigüedad en *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes*”, en Ricardo DE LA FUENTE BALLESTEROS, Ramón GONZÁLEZ y Beatriz VALVERDE OLMEDO (coords.), *Zorrilla y la cultura hispánica*, Madrid, Wisteria Ediciones, 2018, pp. 61-72, <https://doi.org/10.36677/lacolmena.v0i103.12282>; y Alberto SAÍD, “México y los mexicanos en 1867: el drama de José Zorrilla”, *Revista Mexicana de Historia del Derecho*, 35 (2017), pp. 79-103.

47. Véase al respecto DE LA FUENTE, “En torno a...”, p. 101.

48. Esto es, “el autor que, por distintas razones, se transmuta en el símbolo de los valores referenciales de un país. [...] podría ser también denominado el poeta ‘oficial’ pues sobre él recaen reconocimientos públicos de diversa índole que conducen a su ensalzamiento como cantor de una serie de valores compartidos y a la popularización de sus poemas. Uno de estos reconocimientos públicos es la coronación, [...] de la que en el siglo XIX se apropian las instituciones oficiales para consagrar a aquel escritor que responde al esquema ideológico sobre el que se sustenta esa sociedad o a aquel al que se desea homenajear porque representa a un tiempo que la nación ha decidido consagrar como espejo de un pasado glorioso” (Raquel SÁNCHEZ, “La coronación de José Zorrilla en 1889: política, negocio y espectáculo en la España de la Restauración”, *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, 41-2 (2011), pp. 185-186. Solo Manuel José Quintana y Zorrilla fueron “coronados” a ese nivel nacional en España.

49. Raquel SÁNCHEZ, “España y los españoles en la obra de José Zorrilla”, *Historia y política*, 17 (2007), pp. 205-222. La consagración de Zorrilla como mito nacionalista machaconamente repetido puede advertirse en el número homenaje que le dedicó el *Boletín del Centro Artístico y Literario de Granada*, en 1917, por el primer centenario de su nacimiento, donde casi todos los colaboradores pulsan esa tecla, con las aleccionadoras excepciones de un elusivo Federico García Lorca de 19 años (“Fantasía simbólica”, p. 50), quien se limita a contraponer líricamente el vínculo con Granada de Zorrilla y de Ángel Ganivet, y de un veinteañero José F. Montesinos (“Lo nacional en la poesía”, pp. 54-55), quien afirma que ese título de poeta nacional es “un juicio de honrada elaboración burguesa, vacuo e inexpressivo”, procediendo luego a deconstruir sin piedad tal categoría crítica.

50. Xavier ANDREU MIRALLES, “La España oriental en las aguas del bautismo: José Zorrilla”, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus, 2016, pp. 170-194.



la codicia de la Iglesia y su ambición de poder, algo que en los *Recuerdos* mexicanos tiene un desarrollo patente, pero verbalmente contenido<sup>51</sup>.

En esa línea, otra buena porción de reflexiones, menos abundantes, persiguen el diferencialismo exótico pintando el color local de las costumbres mexicanas. Como ya señaló Dorca, “el referente costumbrista no revelaba tanto sus gustos estéticos, cuanto una confianza en sus dotes de observador. En virtud de la familiaridad que fue adquiriendo con la tierra de acogida, [...] se sintió autorizado a delinear ‘el carácter del pueblo’ como expresión de ‘la vida colectiva’”<sup>52</sup>. No obstante, no se trata de una actitud extensa ni dominante, sino más bien ocasional; tampoco resulta contradictoria con lo indicado hasta aquí, sino concurrente, sobre todo en cuanto toca a las costumbres religiosas. El punto que más enfatiza, en efecto, es la exacerbada devoción a los santos y las exterioridades más bizarras de la religión y la liturgia. Zorrilla lo aprovecha para ahondar en la idea de atraso, con inequívoco tono cleróforo, que en definitiva acaba nuevamente revirtiendo en una crítica simétrica, aunque solo implícita, al culto católico español y a la codicia eclesial. Su anticlericalismo aquí es más sarcástico que beligerante, digamos que el admisible para el gran periódico de las clases burguesas liberales y progresistas donde publicaba sus artículos, siempre huyendo de aristas afiladas.

Otros elementos costumbristas tratados son la afición por los buenos jinetes (“en México hay más caballos que habitantes”, p. 643); el cultivo y consumo del pulque; las apuestas, la obsesión por el juego y las peleas de gallos; la descripción de la feria de San Juan de los Lagos, verdadero artículo de costumbres insertado en el hilo narrativo (p. 399 y ss.); la fiesta y feria de Chalma, con una abigarrada narración de los festejos de los indios, “en aquel pueblo extraviado y aislado de la sociedad civilizada” (p. 411). Ese extravío se relaciona con que “los indios [...] son todo lo buenos cristianos que les deja ser su escasa inteligencia” (p. 412), pero también con el mal ejemplo dado por los blancos en su codiciosa ansia de dinero. También deja sitio a la tópica fogosidad precoz de las mujeres del Trópico, al describir a una bella joven que despertaba la lascivia de cuantos la veían ir a la iglesia: “tentación viviente [...] en aquella orgía, un gran racimo de almas de pecadores. Aquella mujer, que aun casi no lo sería en el norte de Europa, pues apenas pasaba de los quince años” (p. 405).

México, en conclusión, sería una españolidad agravada, demorada en el tiempo o distorsionada por la mezcla racial y la extrema naturaleza tropical. A pesar de los episodios de color local, feracidad e indios irreductibles, la impresión dominante es un carácter compartido entre españoles y mexicanos criollos, asimétrica sin duda, que bien podría resumirse en esta afirmación: “este país nuevo tan parecido al viejo mío” (p. 390). En ese sentido, paradójicamente, sus análisis críticos o desdeñosos con la realidad mexicana encubren una crítica y desdén similares por la realidad española, lo que puede remitirnos a un subtexto más amargo que convierte su hispanocentrismo, no en una expresión plena de eurocentrismo, sino en un escalón inferior de dicho eurocentrismo.

---

51. Ese anticlericalismo lo detecta, incluso en su teatro temprano, pero sobre todo en sus obras prosísticas, Jean-Louis PICOCHÉ (“Las creencias y la religión de Zorrilla según sus obras en prosa”, en Blasco, de la Fuente y Mateos, *Actas del Congreso...*, p. 161). Cuando fusilaron a Maximiliano sus invectivas contra el Papa alcanzaron un tono muy violento (ALONSO CORTÉS, *Zorrilla...*, t. II, pp. 431-432). Eso le causó algún trastorno material en sus últimos años, pues varias aristócratas ultracatólicas que le habían asistido se resintieron y enfriaron su trato con él en un momento en que apreciaba el sectarismo de los *neos*, con quienes el vallisoletano no comulgaba (cf. RODRÍGUEZ MARÍN, *Zorrilla...*, p. 189).

52. DORCA, “México en el imaginario...”, § 11.



## La raza latina equivocada

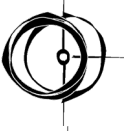
Muchos estudiosos que se han acercado a las obras mexicanas de Zorrilla tienden a adoptar, sobre todo desde el otro lado del océano, una actitud condenatoria ante los prejuicios y el aire de superioridad del escritor. Nada de eso es desacertado, pero sí unidireccional. Como he tratado de mostrar, Zorrilla considera que México es un subproducto degradado de España, pero esa es una manera oblicua –y en otras ocasiones directa– de expresar el desengaño con su patria, como si en el país de los ciegos no valiera de mucho el presumir de tuerto. Es el desprecio de quien ha caído relegado a un lugar inferior a la grandeza que cree merecer, pero ese lugar es también España, no solo México, aunque le resulte más aceptable –también a la autocomplacencia patriótica de los lectores de *El Imparcial*– expresarlo de forma oblicua. De este modo, al menos en los *Recuerdos*, cuando menosprecia algún elemento de la vida mexicana o ironiza sobre sus costumbres, en los más de los casos también está mostrando las carencias y males de esa España de la que él había sido insigne cantor poético.

Así, resume su estancia mexicana diciendo ser “extranjero tolerado en una tierra casi enemiga de España, desterrado voluntario de ésta en busca de una muerte que creí segura en aquella” (p. 638). ¿Desterrado de España? Si leemos entre líneas con algo más de malicia, quizá no sea exactamente esa la conclusión. Tal vez, en última instancia, reduciendo a lo básico los problemas de identidad y las contradicciones de José Zorrilla –hijo de un adusto fanático del Antiguo Régimen, escritor bohemio a su pesar, diletante de la vida y profesional de la literatura, poeta nacional laureado por una España vacua, instalado como ella misma en un perpetuo quiero y no puedo, dramaturgo de éxito, expoliado por teatros y editores, de fama larga y peculio corto, eterno niño atemorizado ante el menor gesto del rostro de su padre, emigrante ambiguo en una América a la que solo condesciende...–, tal vez, digo, no haya mejor descripción de su conciencia de España y de México que la manera como habla de Francia.

Burdeos es una gran ciudad, magnífica, sólida, monumental, con grandes puentes, bien arbolados paseos, soberbios templos, amplios mercados y suntuosos teatros [...]. Hallábame yo [allí] [...] a todo mi gusto: era la primera vez que podía yo separar mi personalidad de mi malhadada reputación y andar libre como cualquier ciudadano pacífico (p. 207).

A fin de cuentas, entonces, quizá convenga entender que nunca se sintió desterrado de España en México ni en ninguna otra parte, que lo que de verdad sentía era la inconfesable fantasía de no ser español, sino francés, de vivir a la moda, entre París y Burdeos, la conciencia dolorida de que ser una gloria *de* España no era sino una amarga compensación por no ser una gloria *en* Francia. ¿No sería de Francia de donde en realidad se sentía desterrado y España el verdadero lugar de su destierro?

Es así ilustrativo que, cuando inicia en París una prometedora carrera de proyección, no solo hispánica, sino europea, es la ominosa voz del padre la que lo expulsa de ese paraíso y lo arrastra de vuelta a esa España que en su mente se funde con la culpa familiar. Muere su madre y su progenitor lo reclama en términos extremadamente severos: “aquella noche rompí mis contratos y retiré las palabras dadas a los editores franceses; y a la mañana siguiente, rompiendo con mi porvenir, emprendí mi vuelta a España y al paterno hogar” (p. 218). Esa es una primera muerte moral, regresar al padre y a la patria; tras el fallecimiento del inflexible anciano, le sobrevendrá una segunda muerte moral, el *suicidio* mexicano, que lo lleva a sumirse en lo que a sus ojos es una segunda España venida a menos, más infernal todavía.



“He pasado en Burdeos largas temporadas y es la ciudad en donde más tranquilo y más a gusto he vivido” (p. 211), afirma, y en los *Recuerdos del tiempo viejo*, donde se queja de todo y de todos, y extiende un velo de amargura y decepción sobre casi cada momento o empresa de su vida, jamás habló mejor de ningún otro sitio<sup>53</sup>. Cuando diserta a menudo sobre “nuestra raza latina” seguramente no está sino diluyéndose en un deseo insatisfecho de abrir su identidad, de dejar de pertenecer a la raza latina *equivocada*. A pesar de todo su acendrado españolismo nacionalista, en México, pero sobre todo en España, acaso barruntaba que lo que de verdad se le había traspapelado era Francia.

---

53. En su primer paso por Burdeos parece no querer dar esa impresión, pues escribe cartas a un amigo despreciando el clima y la vida en la ciudad, la fealdad de sus mujeres y la absoluta superioridad de España, incluso en la calidad de su teatro (en ALONSO CORTÉS, *Zorrilla...*, II, p. 14).